

¿HACIA LAS SECTAS?

Hablaba estos días con un sacerdote argentino ya maduro que lleva varios meses en España conviviendo nuestro catolicismo. Y una de las cosas en las que coincidíamos era ésta: que se está viviendo el final de una religión de masas, con todo lo negativo que este tipo de religiosidad confusa entraña.

El Cardenal Newman —el gran convertido del siglo pasado— había afirmado, desde su punto de vista histórico de especialista, que «La religión de la masa... siempre está coloreada de fanatismo y superstición».

Hoy, ante la nueva situación de diáspora, en donde los fieles se encuentran esparcidos entre los no creyentes, empieza a comprenderse que esta transformación en la Iglesia será «normal en el futuro», como dice el redentorista H. Borgert en su excelente libro **Hacia una Iglesia más secular**.

No se trata con ello de pretender un cristianismo para «élites», sino reconocer la realidad de que los hombres conexionados con la figura de Jesús conscientemente, y con fe en lo que es y representa su persona, serán pocos, y todavía han de ser menos en el futuro. Pero no serán éstos los privilegiados entre los hombres, ni siquiera desde el punto de vista cristiano, puesto que Dios no hace acepción de personas. El apóstol Santiago dice bien claramente: «No unáis la fe en el Señor Nuestro Jesucristo —que es la manifestación de Dios— con el favoritismo de personas». Por eso Dios no hará discriminación por ideologías, razas, sexos ni condición cultural. Para el creyente, todos los hombres pueden vivir —dadas unas condiciones materiales justas— el amor entre los hombres, que es la buena noticia que trajo el mensaje del Evangelio.

En el futuro habrá muchos que no quieran ser llamados cristianos y que vivan, sin embargo, este mensaje esencial del Evangelio. Y habrá, además, unos pocos que tendrán conciencia de la necesidad de expandir este mensaje a todos, viviendo ellos una exigencia sacramental cuyo sentido lo ven claro; pero sin pretender extenderla a todos masivamente, ya que la masa —en cuanto masa— difícilmente comprende esta exigencia de coherencia entre el mensaje esencial de amor y la vida sacramental, ya que, casi siempre, la corriente está en una superstición o en un rito mágico.

Los cristianos explícitos vivirán ayudándose psicológicamente en pequeños grupos de amigos, que les ayudarán a tener el sentido de la vida que el cristianismo debe aportar. No serán comunidades modelo, más o menos apartadas del mundo, ni tampoco las únicas detentadoras de la salvación, al modo de las sectas. Serán grupos funcionales que servirán de instrumento para ayudarnos a animar nuestra vida individual y social con el principio esencial del cristianismo, que es el amor, la libertad, la conciencia, la responsabilidad y la justicia, como recordé en mi anterior artículo.

Cuando existe la **psicoterapia de grupo** como una necesidad para la curación de anomalías del carácter, no podemos olvidar que esta experiencia se da también en la vida normal. Todos necesitamos de la comunicación, la comprensión y la mutua ayuda entre amigos. Y también la necesitan los cristianos.

Pero estos pequeños grupos tienen el peligro de convertirse en sectas si se vuelven presuntuosos y únicos conocedores de la verdad y detentadores de las llaves de la salvación. Y para superar esta tentación, no pretenderán dar un testimonio colectivo de cara a la sociedad, que les separaría de las inquietudes y problemas de los hombres, convirtiéndolos en unos grupos extraños y apartados. El testimonio de vivir los valores del cristianismo lo tiene que dar cada uno en su propio mundo y en su propio ambiente, sin pretender dar ninguna lección, sino con la sencillez de una convicción profunda que coincide en lo fundamental con los anhelos honrados de cualquier hombre no creyente.

Sin duda, este es un proceso nuevo al que los creyentes que se consideran «los elegidos» difícilmente se adaptarán. Pero el

tiempo irá desvelando la realidad, que es más fuerte que las opiniones fanatizadas.

El Cardenal Marty acaba de expresar este proceso transformador que se aprecia en la Iglesia en un interesante artículo de **Le Figaro**. De él extraigo unos cuantos puntos que me parecen básicos para entender esta transformación.

A los asustadizos les dice: «Sí, la Iglesia cambia; pero su eje no se mueve, porque este eje es Jesucristo». Nunca he visto dicho de una manera más escueta y clara lo que verdaderamente debía tranquilizarnos más, y es que Jesús, para el creyente, es lo esencial, lo demás, en la Iglesia —si se conserva esto—, es secundario, y, por tanto, cualquier transformación en ella nunca debía alarmarnos si se conserva su fundamento.

En la historia reciente del cristianismo hubo dos tendencias: la primera fue la tentación de encerrarse en la evasión de los problemas de este mundo o la pretensión de querer encerrar a la Iglesia «en las sacristías y los conventos...», reduciendo al culto religioso las actividades de Dios sobre la tierra, separando a los católicos de la vida». A esta tendencia sucedió, «desde hace más de cuarenta años, el que la Iglesia de Francia —y de otros países— intentase pasar al mundo de los no creyentes, sirviendo a todo el hombre y a todos los hombres».

Sin embargo, este segundo camino, más acertado y próximo a nosotros, ha tenido también un evidente peligro que todavía no ha sido conjurado: convertir a la Iglesia en una gran organización renovada. Pero la Iglesia «no será jamás un vasto ejército en el que todo viene del Estado Mayor», sigue diciendo el Cardenal Marty.

El proceso de la diáspora, del pequeño grupo sencillo, funcional, amistoso, es el proceso real en el cual debe entrar de buena gana la Iglesia. De ella, lo fundamental serán los cristianos, metidos en el mundo y conviviendo los problemas de los demás, como ha recordado el Obispo de Orleans, Monseñor Riobé, a propósito de la venta de los aviones **Mirage** al Brasil.

Dos católicos, el sacerdote J. Desbois y el seglar J. M. Muller, profesor de segunda enseñanza, se han impuesto un ayuno de dos semanas para protestar públicamente contra esta ayuda que la civilizada Francia presta a un país donde las torturas están a la orden del día, como han expresado la casi totalidad de los obispos brasileños, la Comisión Pontificia *Justitia et Pax* y, de modo indirecto, el Santo Padre en uno de sus discursos.

Dice con razón Monseñor Riobé que «no sería honrado haber invitado a Monseñor Helder Cámara a dar unas conferencias en Francia, y haberle aplaudido por la audacia y la valentía con la cual denunció la injusticia diciendo la verdad, y ahora que él asuma solitario los riesgos de su postura», o, lo que es peor, que ayudemos a esta injusticia. Por eso, para este Obispo y para todo cristiano, el gesto de testimonio individual de estos dos creyentes, contra la ayuda a la injusticia, debía ser sostenido por todos.

El testimonio cristiano lo han dado estas dos personas a propósito de problemas de este mundo, y lo han dado con sencillez y valentía, como lo podía haber dado cualquier otro hombre honrado no creyente. Lo que no cabe la menor duda es que ellos han sido movidos por el sentido de amor, justicia y libertad que predicó Jesús, el fundador del cristianismo, y eso no lo ocultan.

No nos olvidemos, a la hora de la transformación, que la Iglesia está donde estén los cristianos, pero en comunión, convivencia y cooperación con todos los que no lo son.

Si no, lo único que seguiríamos fomentando —aunque con más brillante afeite— es la discriminación entre los «buenos» y los «malos», siendo siempre, para estos falsos cristianos, los «buenos», los suyos, y los «malos», los demás.

La peor tentación, en este tiempo de cambio, sería convertirnos en sectas, aunque éstas fuesen progresistas.

MIRET MAGDALENA